

La igualdad y el psicoanálisis

Por: ENRIQUE GUARNER

COMO vimos la semana anterior el lema de la Revolución Francesa fue «Libertad, igualdad y fraternidad». Por ello dediqué el artículo a discutir el concepto de libertad y enfocaré el presente para debatir el tema de la igualdad entre los hombres. En su «Progreso de la mente humana» publicado en 1794, Marie Jean Antoine Caritat, conocido como el marqués de Condorcet, se pronunció en favor de una civilización uniforme que englobara a todas las razas y naciones. Incluso profetizó que por medio de una educación universal, la agricultura científica, la higiene pública y un fuerte seguro social podría alcanzarse una mayor equidad.

Sin embargo, a excepción de Maximilien Robespierre y algunos jacobinos el gobierno revolucionario ni siquiera aceptó el sufragio considerando que se necesitan poseer ciertas virtudes y cualidades para poder votar. Tampoco se lograron avances en cuanto al establecimiento de una paridad económica respetándose las propiedades de la clase burguesa, así como el derecho a las herencias.

Este tiene que haber sido el motivo por el cual Francois Babeuf planeó derrocar el Directorio. Si la conspiración tenía éxito el nuevo gobierno establecería la igualdad, en la que cada persona llevaría el producto de su labor a una tienda común, donde se le pagaría en mercancías el equivalente a lo realizado, sin tomar en cuenta su inteligencia o habilidad. Babeuf sostenía que los seres humanos eran semejantes en relación a sus necesidades básicas porque «los estómagos resultaban iguales». El 11 de mayo de 1796 el revolucionario fue arrestado y se le condenó a la guillotina, siendo ajusticiado en febrero de 1797.

Desde el punto de vista histórico el principio de la igualdad humana se inició en Grecia. Efectivamente, con la introducción de la democracia los helenos se

asemejaban en muchos aspectos. No se conocían los contrastes sociales, se respetaba el voto e imparcialmente se aplicaba la ley. Sin embargo, no todos los habitantes gozaban de las mismas prerrogativas, puesto que tanto las mujeres como los esclavos resultaban excluidos. Según Aristóteles estos últimos diferían por naturaleza de los ciudadanos libres.

La desigualdad social y de clase se hizo manifiesta en Roma, donde existía un tremendo contraste entre los ricos y pobres, así como de gobernantes y gobernados. No obstante, el filósofo estoico Séneca señalaba que salvo por sus acciones, ningún hombre era más noble que otro.

Los judíos siempre manifestaron que los seres humanos habían sido creados a semejanza de Dios y que por ello deberían de tener las mismas oportunidades. Jesucristo predicó que todos eramos hijos del mismo padre y por lo tanto teníamos que amar a nuestros semejantes.

Aunque San Pablo aconsejó a los esclavos someterse a sus amos, la doctrina Cristiana propugnó por abolir la esclavitud. Es más ofreció consuelo al prometer el acceso al cielo a los menesterosos. Las invasiones de los bárbaros crearon en Europa poblaciones mixtas las cuales adoptaron la nueva religión. La confusión provocada por la caída del imperio romano hizo que los ricos y poderosos abrazaran la fe y disminuyeran sus diferencias con las otras clases sociales. En «La ciudad de Dios», que data del siglo V, San Agustín cambió el panorama asegurando que aunque el mundo se hiciera pedazos, prevalecería la idea de lo recto y justo. Con ello enfocó la salvación del alma a través de la virtud y en la vicisitud de haber preferido una vida licenciosa sobre vendría el castigo eterno. Con esta cita se planteaba una desigualdad en el juicio final. En otras palabras, los insensibles, avaros y viciosos serían condenados por el Todopoderoso. Esta posibilidad sirvió para pacificar a los necesitados rompiendo la distinción de los

pobres, pero ella misma estableció una enorme desigualdad por medio de las jerarquías eclesiásticas.

Ello dio lugar a la Reforma protestante, la cual constituyó una insurrección contra el exceso de riqueza del papado. Martín Lutero reclamó por la igualdad de los hombres afirmando: «Es una invención pura la existencia de un Estado espiritual que pretende el equilibrio cuando resulta intolerable que la ley canónica permita el que solamente unos cuantos gocen de todas las ventajas, viéndose con frialdad la miseria». La Revolución Inglesa de 1689 produjo la caída de Carlos I, instituyendo un gobierno aparentemente constitucional. Durante algunas sesiones del Parlamento se debatió sin llegar a tomar medida alguna sobre la igualdad de los hombres.

La llamada «Edad de la Ilustración» aportó razones explicatorias sobre la falta de paridad entre los seres humanos. Un ejemplo puede verse en el «Diccionario Filosófico» de Voltaire donde se nos dice: «¿Que le debe un perro a otro perro, o un caballo a otro caballo?. Nada, y la razón parte de que ningún animal depende para vivir de su semejante. En cambio el hombre habiendo recibido ese destello de la razón que se llama la reflexión, se ha vuelto esclavo en la tierra. Si ésta fuera como debiera y se hallase una subsistencia fácil y garantizada con un clima adecuado a la naturaleza, resulta evidente que nadie esclavizará a su análogo».

Ya señalamos al comenzar el artículo sobre el fracaso de la Revolución Francesa en su intento por alcanzar la igualdad. Tuvo que transcurrir más de un siglo para que en 1917 la Unión Soviética promulgara la primera Constitución Socialista. Ella se derivó de los escritos de Karl Marx quien pugnó por una sociedad que aboliera la diferencia de clases. Sin embargo, recientemente hemos visto con sorpresa la caída del régimen comunista y la disolución del país con el regreso al mercado libre, como consecuencia del cual se retornará a la desigualdad social.

Aspectos Psicológicos

En el capítulo VII de «La Política» Aristóteles sostiene que «la igualdad consiste en el mismo tratamiento de las personas similares». Cabe de inmediato preguntarse en que consiste la similitud. En la realidad todos los seres humanos somos diferentes y cada individuo con sus cualidades o falta de ellas es único. Algunas de las mismas tienen un origen genético pero la mayoría son adquiridas como: la salud, la fuerza, el valor, la habilidad para aprender, la persistencia, las virtudes morales, etc. Deben agregarse las peculiaridades que provienen de variedades raciales, nacionalidades, aspectos económicos, o herencias de dinero provenientes de nuestros ancestros. Por todo lo anterior las personas quedan colocadas en determinadas clases o categorías sociales y es solamente entonces cuando podemos hablar de un tratamiento semejante entre individuos similares.

A lo anterior tenemos que agregar el contraste de los géneros. La sexualidad y la reproducción imponen grandes diferencias entre el hombre y la mujer. Esta última carga con el embarazo y la crianza de los hijos, mientras el varón tiene que ganarse la vida haciendo una conducta errante. Indudablemente que esta situación ocasiona un problema aunque nunca podremos referirnos a la superioridad de un sexo sobre el otro, porque ambos son distintos y mutuamente se complementan aunque se notables sus desigualdades.

El tema del desarrollo de la inteligencia con la sabiduría, el talento y la virtud condiciona el trastorno del equilibrio social. Karl Marx decía y con razón, que con ello se desencadena «el prejuicio popular» el cual es posible dentro del sistema predominantemente mercantil que se sostiene como producto del trabajo y que otorga privilegios a ciertas clases».

Un punto que psicológicamente tiene una enorme trascendencia es el de la desigualdad en las fortunas y México es un ejemplo de

las mismas. Cuando recientemente se le quitaron tres ceros a la moneda, se supo que en los Bancos todavía existían 24000 millonarios, los cuales podían vivir de sus rentas. Creo que esta situación es un insulto para un pueblo necesitado, puesto que los puros intereses si fueran repartidos incrementarían en un tercio los salarios mínimos a lo largo de casi un año.

Podríamos concluir que tanto la democracia como la lucha por la igualdad constituyen valores que ningún nación civilizada puede ignorar. La Carta de las Naciones Unidas de 1948 justifica la semejanza entre los seres humanos porque todos estamos dotados de «conciencia y razón».